

“Fui forastero, y me acogisteis” (Mt 25, 35)

Los días 2 , 3 a 4 de octubre junto con un grupo de 7 jóvenes de nuestra parroquia de Praga y otros amigos partíamos, a primeras horas de la mañana, con la furgoneta llena de ropas y alimentos, en dirección a Croacia en un viaje de unos 850 km, pasando por Eslovaquia, Hungría y Serbia. Después de casi 9 horas de viaje llegabamos a la frontera entre Serbia y Croacia, donde nos encontramos con un grupo de voluntarios checos, que estaban ayudando junto a otras ONG (Cruz Roja, ONU- refugiados y Médicos sin fronteras) a los emigrantes que cruzaban la frontera entre estos dos países.

Fue llegar y comenzar a trabajar. Nos presentamos al encargado del grupo checo de voluntarios que estaba trabajando (ese fin de semana fumos unos 30). Rápidamente nos explicó el funcionamiento y nos hizo saber que nuestra misión sería encargarnos de los emigrantes que llegaban y hacerles agradable los minutos que estuvieran en nuestra presencia. Mientras hablaba los emigrantes pasaban a nuestro lado e intercambiamos con ellos algunas palabras en inglés que era la lengua común para todos.

El grupo de voluntarios no esta bajo ninguna organización. Es una iniciativa que responde a la necesidad de ayudar. Se han organizado através de un grupo en facebook. Cada uno llega a trabajar, trae alguna ropa o comida y dinero si tiene o le han dado. Con el dinero se compra comida y agua para los emigrantes.

El trabajo comanzó rápidamente. Nos colocarnos un chaleco reflectante, escribimos nuestro nombre y comenzamos a trabajar. Nos dividimos en grupos: limpieza, recogida de basuras, distribución de ropas y comida, atención a un pequeño rincón para los niños, (donde tenían la posibilidad de jugar un poco y recibir algún que otro juguete) y distribución en grupos a lo emigrantes que llegaban para acompañarles hasta la frontera de Croacia donde les esperaba un grupo de policias fronterizos que los llevarían al siguiente destino.

Viaje de más de 1000km

Los emigrantes llegaban a la frontera entre Serbia y Croacia en autobuses. Muchos de ellos de más de 80 personas. El viaje de ellos había comenzado en Iran, Afganistan, Pakistan y sobre todo en Siria. Sorprendentemente me encontré con una veintena de emigrantes que me comentaron que eran de Somalia y Eritrea.

Llegar a Turquía suponía para ellos completar la primera larga etapa y prepararse para el abordaje del mar. Aquí comenzaba lo difícil: por un pasaje pagaban entorno a 1800 dolares y no siempre tenían la seguridad de que iba a ser seguro e iban a llegar. Me comentaba uno de ellos que el hombre que les vendió el billete, en una pequeña lancha a motor, despues de estar todos y arrancar los motores, se bajó, y se marchó diciendo que se quedasen la barca y se arreglasen por ellos mismos.

Grecia les recibía bien. Aquí les tocaba hacer el primer control y el primer registro que no querían hacer, pues les tomaban la huellas digitales y ellos pensaban que esto podría ser un problema después a la hora de encontrar trabajo. Desde Grecia les llevaban hasta la frontera con Macedonia en autobús, donde de nuevo les dejaban.

Después continuaban hasta Serbia donde se encontraban, según comentaban la mayoría de los emigrantes con los que hablé, con la experiencia más triste y dura. Los policías Serbios se comportaban con ellos como si fueran terroristas. Tenían que registrarse de nuevo y recibir un certificado, escrito en serbio (el serbio utiliza la escritura cirilica como en Rusia) que les daba permiso para permanecer en el país por un tiempo máximo de 72 horas y, con ese certificado, poder comprar un billete de tren o autobús para su nuevo destino. Ellos no sabían lo que firmaban. Las filas para recibir ese certificado eran de hasta 30 horas. Los policías controlaban para que no se perdiese el orden. Agua, alimentos y servicios sólo había dentro del edificio donde había sólo 5 funcionarios!. Comenzaba entonces los problemas entre afganos y sirios, que tienen una relación no muy buena entre ellos, y terminaban con empujones y peleas, olvidando que todos estaban en la misma guerra y en el mismo frente.

Billetes a 2300 Euros!



Si la primera experiencia en Serbia había sido difícil, la segunda no iba a ser mejor. A la puerta del lugar donde habían hecho el registro les esperaba alguna persona de su país. Pero no era emigrante, vivían en alguno de los países de Europa, pero hablaba la lengua de los emigrantes. Comenzaba entonces a negociar e interpretar falsamente el certificado que habían recibido de la

policía. Les ofrecían la posibilidad de salir del país lo más rápido posible. Vendían billetes de autobús hasta la frontera con Croacia por un precio de 2300 Euros. Muchos compraron y se pensaban que habían hecho una buena compra, hasta que se eran llevados hasta autobuses donde se encontraban con otros de sus compañeros de viaje que había comprado el billete en la taquilla por 32 Euros!

Otro autobus, 80 personas....!

Llegaban a la frontera con Croacia. Allí estábamos nosotros. Los autobuses llegaban cada 5 minutos. Cuando más llegaban era en la parte de la noche. Durante todo el fin de semana llegaron más de 10 000 personas. El voluntario que estaba donde llegaban los autobuses nos avisaba a los que estábamos un poco distantes “otro autobus, 80 personas: y al poco tiempo de nuevo: “ahora tiene 50 personas”. Los emigrantes bajaban y eran recibidos por un grupo de voluntarios y de trabajadores de la Cruz Roja, que informaban dónde estaban y lo que tenían que hacer: caminar hasta el otro lado de la frontera y continuar su camino hacia el país de Europa donde se dirigían.

Entre el lugar donde los autobuses les dejaban y la frontera con Croacia había unos 200 metros. Los primeros 120 dentro de territorio Serbio. Una pequeña carretera de cemento, con muchos baches, a la derecha maizales y a la izquierda tierras de cultivo. A una parte de la carretera tiendas de campaña donde podían recibir la ayuda de la que ya hablé anteriormente. Después terminaba el territorio Serbio y había unos 80 metros que eran tierra de nadie.

En ese territorio según iban llegando, hablabamos con algunos de ellos que se defendían un poquito en inglés, hasta que formábamos grupos de 50: hacíamos dos filas e íbamos con ellos hasta la frontera con Croacia, donde la policía de frontera tomaba el mando y los llevaba otros 100 metros hasta autobuses que los conducirían a un campo de emigrantes, donde de nuevo tendrían que registrarse, podrían descansar y después continuar en tren, por Eslovenia o Hungría, hasta Austria, Suiza o Alemania que era el destino de la mayoría.

“Con vosotros da gusto”

Los emigrantes llegaban cansados. La mayoría eran gente joven, muchos niños, mujeres embarazadas. Llegaban familias numerosas. Me llamó la atención que viajaban ligeros de equipaje: una pequeña mochila en la mayor parte de los casos, en otras sólo unas bolsas. Todos llevaban algo, pero poco.

Tuve la oportunidad de hablar con muchos de ellos. Me hablaban de su viaje, de las dificultades, de cómo habían vendido todo para poder hacer este viaje (el promedio de dinero gastado hasta este momento era de unos 2500 Euros por persona), de su deseo de vivir en paz lejos de la guerra de sus países, de su esperanza de encontrar un lugar de descanso donde comenzar de nuevo su vida.

Ellos nos preguntaban que les esperaba ahora en el camino hacia su destino, Intentábamos dar un poco de esperanza y sobretodo cariño y comprensión que no habían tenido en toda esta su peregrinación. Y estaban agradecidos, comentaban que era el primer lugar donde habían sentido un poco de humanidad, de cariño y amor. Aquí nos sentimos, finalmente personas, decían.

Cuando les despedíamos y les deseábamos buen viaje, nos sonreían y agradecían con un corazón que hablaba a través de su sonrisa y su “thank you, bye, bye”

Basuras, teléfonos móviles, cigarrillos...

La mayor parte de las personas con las que me encontré era gente joven, aunque también había personas mayores o toda la familia (de hasta 16 miembros!). Algunos viajan solos (como un adolescente de Afganistán de 14 años, al que su padre “envió” a buscar un futuro mejor en Europa) y otros se habían encontrado y agrupado en el camino haciendo grupos.

Muchos de ellos son médicos, abogados, arquitectos, actores... Los motivos por los que se marchaban de su país, no eran sólo la guerra, sino también el buscar mejores condiciones de vida y sobretodo económicas en algunos de los países de Europa. El destino preferido de la mayoría era Alemania y en segundo lugar Suecia y Austria.

Otros destinos de los que hablaban eran Inglaterra, Francia, Italia, Noruega o Dinamarca, donde algunos tenían algunos parientes.

Los emigrantes dejan a su paso gran cantidad de desperdicios y basuras a veces porque la infraestructura de los lugares de paso no está preparada y en otras ocasiones, como alguno me comentó, porque en sus países hay otra forma de hacer las cosas. La mayor parte son fumadores y tienen teléfonos móviles con acceso a internet que buscan en cualquier lugar por donde pasan, para poderse comunicar con sus familias.

De entre todas las personas con las que me encontré sólo dos familias eran cristianas, el resto musulmanes.

Dejar hablar el corazón

Una de las experiencias más bonitas después de casi 24 horas de servicio ininterrumpido a los emigrantes fue cuando llegó una mujer anciana de unos 70 años de edad. Era de Siria. Le pregunté si hablaba inglés y no respondió, sólo sonreía y decía algunas palabras en árabe. De pronto la voluntaria que estaba conmigo en ese momento, se fijó que llevaba una cruz debajo de su chaqueta. Señaló la cruz e hizo un gesto indicando que era muy bonita. La mujer miró para ella y enseñó un rosario que llevaba también. Después se lo quitó y se lo dió a la voluntaria que no lo aceptó diciéndole que era mejor que se lo quedase ella. La anciana se lo colgó de nuevo. Yo dije que era muy bonito también y que yo era también cristiano. Ella me miró y me sonrió. Yo hice lo mismo. Después se acercó a mí y me abrazó. Fue un momento muy importante. Un abrazo significaba cariño, cercanía y gratitud.

Y eso es lo que podemos dar, y creo que esperan de nosotros, a los emigrantes: nuestro tiempo, nuestra mano que ayuda, nuestra cercanía y sobretodo nuestra oración. Creo que es lo que más necesitan!

P. Juan Provecho, OSA
Praga. Octubre 2015

